

## MEMORIAS CIENTÍFICAS I LITERARIAS.

*JEÓGRAFÍA CHILENA. Costumbres de los habitantes de la Tierra del Fuego, i raza que puebla esta rejion.*

Hé aquí algunos párrafos de la interesante i amena narracion que a este respecto encontramos en el «Diario llevado por don Ramon Serrano Montaneri», publicado en el *Anuario Hidrográfico* de la Marina de Chile, correspondiente al presente año de 1880.

En la tarde se ayistaron dos indios cerca del campamento; venian sin armas i envueltos en sus largas capas de pieles de guanacos, que usan con el pelo para afuera i que al flotar con la brisa les deja casi todo el cuerpo en descubierto, mostrando todas sus formas musculosas, mui proporcionadas a su estatura ajigantada.

Me encontraba herborizando, cuando uno de los vijilantes apostados en una altura inmediata dió aviso de la presencia de estos indios. Inmediatamente principié a hacerles señas para que se acercasen, lo que hicieron con mucha cautela, avanzando algunos pasos, sentándose i volviendo andar otro poco. Caminaron asi observando todos nuestros movimientos, hasta que llegaron a ponerse casi al habla; i como parecia que no estaban dispuestos a seguir adelante, mandé tres hombres de los mas despiertos para conducirlos adonde yo estaba, sin ejercer presion sobre ellos. Tan pronto como estos tres hombres salieron del campamento en direccion a ellos, ví asomarse varias otras cabezas detras de la loma por donde habian aparecido los indios. Despues de mucho trabajo aquellos consiguieron hacerlos venir; pero estos pobres salvajes se manifestaron mui asustados i aflijidos.

Cuando llegaron al campamento hice todo lo posible por tranquilizarlos i desde el momento que me vieron reir se apaciguaron completamente i perdieron todo temor. Como manifestasen deseos de comer, les hice dar un poco de galleta i un plato de charqui cocido con harina i agua; mas, como no supiesen hacer uso de la cuchara ni tampoco del plato, pusieron éste en el suelo i colocándose en cuatro piés introdujeron sus labios en él hasta consumir todo su contenido. Parece que este alimento lo hallaron insípido i que solo lo comieron por curiosidad.

Les llamó mucho la atención las palas i zapapicos, cuyo uso trataron luego de indagar, quedando muy sorprendidos al ver la facilidad con que un hombre podia hacer una escavacion ayudado por esos instrumentos. Los espejos i los fósforos les causaron mucha admiracion; cogian los primeros i se los acercaban a la cara hasta tocar el vidrio, haciendo miles de morisquetas; mas esa admiracion tenia algo de muy semejante a la que manifiestan los hombres civilizados ante las montañas i otras grandes obras de la naturaleza; las consideran como cosas de un orijen casi divino; las admiran por un momento i pronto las dejan para dedicar toda su atencion a objetos de una utilidad mas práctica o positiva. Así, estos indios dejaban luego los espejos para contemplar las carpas, palas i los vestidos. Mostraron mucha curiosidad por ver cuanto teníamos, sobre todo lo que conservábamos en el interior de las carpas, donde no les permitíamos penetrar; pero se valieron de cuantos medios les fué posible para echar su mirada al interior de aquél, hasta el extremo que uno de ellos se tendió i en seguida con mucho disimulo hizo rodar su cuerpo hasta colocar la cabeza debajo de uno de nuestros toldos.

Como los indijenas venían desarmados, les pregunté por sus flechas, manifestándoles que deseaba cambiarles algunas; mas, sea que no me comprendiesen o que no quisieran entenderme, lo cierto es que me fué imposible obtener lo que deseaba. Para manifestarles mi pensamiento les hice una pequeña flecha poniendo por cuerda un trozo de hilo de vela; los indios tomaron esta flecha i se pusieron a tirar al blanco sobre un barril que estaba a algunos pasos de distancia; pero pareciéndoles que el hilo de vela no cumplia con su objeto, lo sostituyeron por uno de nervio de guanaco que les servia de cinto i así pudieron disparar el dardo a una distancia triple.

Me fué imposible obtener ningun dato acerca de la isla, i creo que siempre que les hacia alguna pregunta conducente a este objeto, se hacian que no entendian. Con respecto a su idioma, la única palabra que pude obtener fué *chiyuma* (recojer), por haberla oido repetir varias veces a uno de ellos; lo que me permitió emplearla con frecuencia, siendo siempre comprendido.

Cuando los indios habian ya adquirido cierta confianza con nosotros les pedí que llamasen a sus compañeros, quienes de vez en cuando asomaban sus cabezas por detras de la loma; lo hicieron i muy luego aparecieron otros dos que avanzaron hácia el campamento con las mismas precauciones que los anteriores; mas, como nota-

se que todavía quedaban algunos ocultos, les volví a pedir que llamasen a los demás, volviendo aparecer otros dos, formándose un grupo de seis, todos hombres i al parecer de una sola familia; pues obedián al mayor de ellos, que había llegado el último. El traje de todos estos indijenas, como antes he dicho, consistía en una capa hecha con pieles de guanaco o zorro, i a veces de ámbas clases de pieles. Dos de los indijenas tenían el pié derecho calzado con una especie de zapatillas u ojota, hecha también con la piel de esos animales.

Todos los indios tenían el cabello cortado hasta 2,5 centímetros de largo en la parte inferior de la cabeza, i tenían un cerquillo de pelo largo que les caía sobre la cara i hombros, i que sujetaban con un cordón de nervios para que no se levantase con el viento. Tienen toda la cabeza pintada con tierra rojiza, con el objeto, según creo, de impedir el nacimiento de insectos parásitos. Dos de los indijenas traían su cara completamente pintada de un negro lustroso; exepcto la barba, i los demás una que otra raya blanca o colorada en la cara o barriga.

Noté que todos los indios tenían las rodillas muy callosas, especialmente la derecha, lo que debe atribuirse a la frecuencia con que se arrastran en cuatro piés para acercarse a tiro de flecha de los guanacos i aves que les proporcionan su alimento i vestido; i tienen tal práctica en esto que es muy difícil apercibirlos, aun cuando andan en un campo raso i escaso de pasto i arbustos. Las capas las usan con el pelo para afuera, al revés de los patagones, i de los seis indijenas que hemos observado, solo uno la cargaba con el pelo para adentro; pero era precisamente el que la tenía mas raída, lo que me ha hecho creer que esta costumbre debe atribuirse en parte a que los indios son muy amigos de la ostentacion i también a que el clima no es tan riguroso como el de la Patagonia.

Estos indios no se limpian jamás las narices i dejan acumularse las mucosidades de modo que causa repugnancia mirarlos; por lo demás, su presencia nada tiene de desagradable i es ménos rechazante que la del patagón. Me llamó mucho la atención el que tres de estos indios fueran de nariz aguileña i uno de ellos de proporciones mas que regulares. Los otros tres tenían narices de forma comun, sin ser ninguno fiato o de nariz aplastada.

En un momento en que varios de nosotros nos hallábamos alrededor del mas jovial de los indios, se le ocurrió a éste la necesidad de orinar, i poniéndose en actitud de hacerlo me pidió per-

miso para satisfacer ahí mismo su necesidad. Le contesté con un signo afirmativo i al momento hizo su desagüe como el acto mas natural del mundo, continuando siempre su conversacion. Quise medir a uno de ellos, pero solo pude obtener su altura, que fué de 1.82 metros, siendo el ancho de hombro a hombro de 6 decímetros. Todos ellos tienen el mismo aspecto que los patagones; pero sus músculos son mas desarrollados i todas sus partes mas proporcionadas: Su estatura es mucho mas uniforme que la de aquéllos, los cuales sin duda han perdido mucho de la belleza de su raza desde que se han hecho jinetes sempiternos. Sus pómulos son mui prominentes i sus ojos de una forma algo parecida a los de la raza judía, algo apagados, sin duda por el constante batallar con el humo de sus fogatas. Cinco de estos indios eran jóvenes de 20 a 30 años, i obedecian al mayor que parecia tener 40 años mas o ménos i ser el jefe de la familia. Segun les pude comprender, todos tenían niños pequeños.

A las oraciones, el mayor de los indijenas dió algunos paseos delante de las carpas, pronunciando algunas palabras que me parecieron de despedida i se retiró; estas palabras las repitieron los demas i se retiraron a su turno. Al principio parece que hubo entre ellos alguna desavenencia sobre el camino que debian seguir, pues mientras uno, el jefe entre ellos, indicaba hácia al norte, otros deseaban ir al sur; mas luego dominó la opinion de aquél i todos los siguieron a paso de trote, uno tras otro. Momentos despues subí a una pequeña eminencia para ver la direccion que habian tomado los salvajes i quedé sorprendido de la rapidez con que se habian alejado i del aguante en su carrera. Estaban ya a dos millas de distancia, habiendo atravesado una vega i subido dos cerros, siempre al trote, continuando con el mismo vigor.

Despues de la entrevista con los indios fueguinos me he formado la opinion de que ellos pertenecen a la misma raza que los patagones, siendo su índole tan buena como la de éstos; pero como hasta ahora no han tenido trato con jente civilizada, o si lo han tenido ha tocado la desgracia de que siempre ha concluido a balazos, por una causa o por otra, ellos se abstienen de ese trato i huyen de los estranjeros.

Hasta ahora la raza que puebla la Tierra del Fuego ha sido mui poco conocida. Los descubridores i viajeros primitivos del Estrecho de Magallánés i comarcas vecinas al Cabo de Hornos, reconocieron solo los perfiles de la costa i unas pocas entradas del mar.

Los datos que han trasmitido sobre las tribus que habitan tan apartadas rejiones no son dignos de fé: una conversacion casual, la mera presencia de un indijena, o el recuerdo de algun lobero, han bastado para describir las costumbres i creencias de un pueblo que no guarda analogia con ningun otro de la tierra. Sin embargo, merecen una excepcion las noticias que recojió el jesuita Fikner, a fines del siglo pasado, i el ilustre Fitz-Roy, que procuró con fé inquebrantable introducir la civilizacion entre los pobladores de la rejion suroeste. Para llevar a cabo su proyecto condujo a Inglaterra, dispuesto a educarlos, a cuatro fueguinos, tres hombres i una mujer, aquéllos de 16, 20 i 14 años, i ésta de 9, los cuales fueron atendidos e instruidos por reconocidos filántropos; algunos personajes ilustres los visitaban, entre ellos la reina Adelaida. Al embarcarse de regreso recibieron valiosos presentes de ropa, herramientas, libros, artefactos i aun objetos de lujo. A mas de esto, el mismo Fitz-Roy trasportó un comisionado para tentar algun medio de introducir la civilizacion en éstas comarcas, para cuyo efecto se habia corrido, con muy buen éxito, una suscripcion entre los amantes de los progresos de la civilizacion en Inglaterra. Uno de los fueguinos murió en el *Naval Hospital* de Plymouth, los otros tres regresaron a su pais con el mismo Fitz-Roy el año 1833, i fueron desembarcados en el paraje mas conveniente para principiar su mision.

Lo mismo se hizo con el comisionado, que luego abandonó la idea de poder sacar fruto de su mision: vió que las tribus de la Tierra del Fuego eran rebeldes a todo principio de civilizacion. Los desvelos de Fitz-Roy fueron igualmente infructuosos. Al presente, hasta su noble tentativa es poco conocida.

El ilustre esplorador clasifica en cuatro grupos o tribus la raza que puebla la parte sur del Estrecho de Magallanes.

La de Pecheray, compuesta de 200 almas, ocupa la parte central, cerca de la ribera del Estrecho.

La de Tokeenica, que puebla las márgenes e islas orientales del canal Beagle (la parte sureste de la Tierra del Fuego), la componen 500 personas, que hoy se procuran civilizar por una mision protestante establecida en dicho canal. Son, como todos los habitantes de estas rejiones, nómades.

«Los hombres de la tribu Alikhoolip, comparados con otros que habitan el Archipiélago, dice Fitz-Roy, son mas robustos i atrevidos i las mujeres de la misma son de mejor aspecto. Aunque no difiere mucho de la tribu Tekeenica, sin embargo la aventaja; pero

es inferior a la de Yacana i quedan muy atrás a la Patagonia. Sus canoas, si bien de la misma construcción de las usadas por los Tekeenicas, son fabricadas con mas arte.»—«Sus ranchos, dice el mismo explorador, afectan la forma de una colmena i los construyen con estacas clavadas en el suelo, las que doblan por su extremo superior para que converjan a un mismo punto: esta armazón se cubre lijeramente con cueros, corteza de árboles i haces de yerba toscamente amarrados.» Esta tribu, compuesta de 400 personas, puebla la parte oeste de la Tierra del Fuego, entre el Estrecho i la parte occidental del canal Beagle.

La tribu que habita al noroeste de la Tierra del Fuego, que es la de Yacana, en tiempos remotos fué la misma que la de la Patagonia oriental. Esta última se sobrepuso por la introducción en sus tierras de diversas comodidades, i especialmente por la cria del ganado caballar, que es raro no se haya propagado en la Tierra del Fuego. Los Jacana Kunny, naturales de la parte noroeste de la Tierra del Fuego, dice el explorador inglés, se asemejan a los patagones en el color, tamaño i vestuario (ménos en las botas), i su condición en jeneral no debió diferir de la de éstos en la época anterior a la del uso del caballo. En sus batidas a los guanacos, avestruces, pájaros i focas usan perros, flechas i arcs, bolas, hondas, estacas o chuzos, i macanas o mazas.

«La parte noroeste de la Tierra del Fuego posee un clima mas benigno que el de la Patagonia. Las montañas boscosas del occidente se abaten hacia el noroeste i son reemplazadas por colinas poco arboladas; en la parte setentrional se encuentran terrenos nivelados, limpios de bosques i con buen pasturaje. El clima responde a un término medio entre la humedad i la sequía, las cules en las rejiones vecinas son siempre rigurosas.»

Sir John Narbrough en 1670 intentó conocer a los pobladores; pero no pudo conseguir que se acercaran los de la parte noroeste de la Tierra del Fuego; examinó algunos indios que encontró en la isla Isabel, i su descripción indica que formaban parte de una tribu diversa de la que hemos mencionado, pues ella usaba indistintamente las canoas i los caballos: uso promiscuo que desconoce la raza austral americana, que tiene dos divisiones muy marcadas: la que posee canoas i la que usa el caballo, siendo aquella, que habita la Tierra del Fuego, despreciada por ésta, que reside en la Patagonia oriental.